

Cada país debe crear, mantener y
acrecentar el capital intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio-
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL:

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.

Sal
SEGURIDAD

PUEDE DEPENDER
DE UN CLAVO

IMPORTAMOS
**MATERIALES
DE PRIMERA
CALIDAD**



Almacenes
MARTINZ S.A.

¹⁹⁴²
AROELÉCTRICA, S. A.

AGENCIAS, MATERIALES Y
SERVICIOS ELÉCTRICOS

Cable: "AROELÉCTRICA"

AVE. CUBA No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
PANAMA, R. P.

Avenida
JUSTO AROSEMENA
Y CALLE 12
Tel. 1088-L
COLON, R. P.

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año I — Mayo de 1946 — Número 5

SIETE CUENTOS MEXICANOS

•

SELECCION

Y NOTA PRELIMINAR

por

MANUEL MAPLES ARCE

BIBLIOTECA SELECTA

P A N A M A

1 9 4 6

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73.

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, República de Panamá.

Precio de Suscripción

B. 1.50 al Año

* * *

En el próximo número publicaremos

El Ciego del Bulabá

novela corta inédita

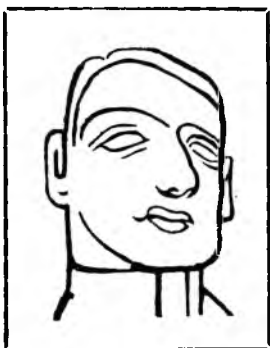
por

ALFREDO CANTON

* * *

**Suscríbase a la
"Biblioteca Selecta"**

MANUEL MAPLES ARCE



En la poesía mexicana, Manuel Maples Arce, eminente poeta y diplomático insignic, representa lo que en pintura han expresado Diego, Orozco y Siqueiros: “las radicales características del genio nacional, la sinceridad, el espíritu revolucionario y la energía viril”.

Nacido en 1900, cursó el bachillerato en el Instituto Veracruzano, cuyo ambiente lo incitó a cabalgar sobre Pegaso a la conquista de su universo lírico. Cursó leyes en México (1920). Y en el 1922 lanzó a la estampa su libro de poemas *Andamios Interiores* que causó sensación y obtuvo un éxito inusitado por su fuerza y originalidad. Su poema *Urbe*, que vió la luz dos años más tarde, con grabados de Jean Charlot, fué traducido al inglés por John Dos Passos y editado en New York por T. S. Book Company en el año 1929.

Al recibirse de abogado en 1925, regresó a Veracruz donde fué Secretario General de Gobierno y Gobernador Interino del Estado. En el año 1927 publicó sus *Poemas Interdictos* que marcan y definen uno de los momentos más felices de la poesía mexicana moderna. Su notoria actuación en el Gobierno del Estado le granjeó la simpatía popular, y, gracias a ello, fué electo Diputado a la Cámara Local, pero como su anhelo de cultura lo incitaba a viajar, él prefirió trasladarse a España y Francia, países en los que residió hasta el año 30. Regresó luego a México y nuevamente militó en la política, al servicio del pueblo, en calidad de Diputado al Congreso Federal.

Su inquietud multiforme lo hizo pensar de nuevo en su insaciable búsqueda de panoramas, y, en el año 1935, ingresó en el Servicio Diplomático de su País. Desempeñó diversas misiones en Bruselas, Varsovia, Roma, Lisboa y Londres. Estos continuos viajes a través del panorama europeo (y por Egipto y Asia Menor más tarde) agudizaron su pasión por el arte convirtiéndolo en crítico connotado y en un profundo conocedor del arte en todas sus manifestaciones.

En el ambiente literario de París y Bruselas convivió con los más distinguidos escritores de Francia y Bélgica. Buen recuerdo de esa época es la versión francesa de sus poemas. (En las famosas ediciones del "Journal des Poetes" figuran sus "Poemes Interdits", traduit par Edmond Vandercammen Bruxelles, 1936).

Durante su estadía en Roma publicó Maples Arce su soberbia **Antología de la Poesía Mexicana Moderna**, considerada por su amplitud, buen gusto y exactitud de juicio como la mejor obra de esa modalidad con que cuenta la literatura mexicana.

Los últimos años de la guerra los pasó en Londres donde escribió magníficos ensayos: **El Paisaje en la Literatura Mexicana** y **El Arte Mexicano Moderno** (éste con texto en español e inglés). No obstante, su interés primordial concéntrase aún en la poesía que él considera como una fascinante experiencia. "Para mí —dice— la poesía es una de las más prodigiosas experiencias humanas".

En el año 1944 fué nombrado Embajador de México en Panamá, cargo que desempeña actualmente con la doble autoridad que le brindan su investidura diplomática y su alto prestigio intelectual, contribuyendo con toda intensidad al buen conocimiento del arte y la cultura de México.



NOTA PRELIMINAR

por Manuel Maples Arce

Con sumo placer acojo la invitación de BIBLIOTECA SELECTA,—que tan meritoria labor de cultura realiza en este país,—para hacer una selección de cuentos mexicanos. Bajo un título circunstancial, adoptado por restricciones editoriales, reúno un grupo de pequeñas obras narrativas que no puedo menos de aquilatar con el calificativo de excelentes. Es casi superfluo decir que no se trata de una rigurosa antología que exija orden y continuidad, sino sólo de una mínima muestra. Se hallarán aquí cuentos irónicos, realistas, fantásticos, poéticos, etc. De los cuentos escogidos únicamente los dos primeros figuran en antologías, pero por su fuerza y calidad, los otros no son menos dignos de ese honor. Seleccioné, entre el material de que pude disponer, los cuentos de más diverso y sostenido interés. Sin embargo, no es posible disimular que en tan reducido número de páginas fué imposible dar cabida siquiera a la tercera parte de los nombres representativos, y además, hubo necesidad de preferir invariablemente los textos más cortos.

El cuento es un género relativamente nuevo en México. Entre los precursores colócase a Manuel Payno (1810-1894) el popular costumbrista autor de "Los Bandidos de Río Frio". Pero quien primero lo cultivó con perfección literaria fué José María Roa Bárcena (1827-1908) que en sus cuentos de "Noche al Raso" puso de manifiesto ingenio y habilidad para narrar, así como naturalidad de estilo y primor de lenguaje, según juicio de Don Juan Valera.

El General Vicente Riva Palacio (1832-1896) escribió novelas históricas que gozaron de gran boga a fines del pasado siglo, pero su ingenio resplandeció soberanamente en sus narraciones cortas que con el nombre de "Cuentos del General" aparecieron el año de su muerte, en Madrid, donde desempeñaba el cargo de Ministro Plenipotenciario.

La obra literaria de Justo Sierra (1848-1913) tuvo como preludio sus brillantes y líricos "Cuentos Románticos" en que palpita la visión espiritual,—poesía y leyenda,—de los mares del sureste.

Con Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) adquirió este arte su forma más refinada. Sus "Cuentos Frágiles" y "Cuentos Color de Humo" producen una sensación de fragancia, de finos matices y de claridad moderna. Una idea general de las cualidades de Gutiérrez Nájera nos da el poeta y crítico Francisco González Guerrero, al observar muy justamente que en él se reúnen,—cosa difícil en un escritor,—"las dotes de espontaneidad y afirmamiento, de emotividad y humorismo, de volatíneo estilístico y apego a las tradiciones de la lengua".

Rafael Delgado, (1863-1914) a través de una prosa clara y transparente, nos hace sentir el campo, los pueblos y los tipos de la bella región veracruzana donde discurrió su laboriosa existencia. Tiene la pintura de este ambiente un sitio predilecto en la obra del autor de "La Calandria". Se le considera por ello, escritor regionalista, aunque por ciertos matices de gusto y de fineza poética, no se identifique siempre con los escritores más ceñidos a la tradición y reglas del género: José López Portillo y Rojas (1850-1923) descriptor de las costumbres de Jalisco y Cayetano Rodríguez Beltrán (1889-19) de las tierras y gentes de Veracruz.

El vivo realismo de Angel de Campo (1869-1908) que como cuentista divulgó el pseudónimo de "Micros", reflejó admirablemente la vida popular en un estilo preciso y dueño de las cosas. Gamboa le señaló semejanzas con Dickens y Daudet. De él dijo Urbina con acierto: "No ve en grande, pero ve en detalle y limpidamente. Su dibujo es asombroso; su color brillante y enérgico".

Victoriano Salado Alvarez (1867-1931) fué también un fino y sutil observador de la realidad. Con un estilo desenvuelto, lleno de donaire, esmaltado de giros arcaizantes, traza toda una galería de personajes rústicos que una vez conocidos no se olvidan jamás.

En las revistas del modernismo se publicaron cuentos de Carlos Díaz Duffo (1816-19) Alberto Leduc (1857-1908) Rubén M. Campos (1876-19) y algunos otros escritores hoy casi ignorados que coincidieron, en la prosa, con las formas innovadoras de la li-

rica.

*Señalan diversas tendencias al cuento Mariano A-
zuela, (1873) cuya pluma posee las más vigorosas cua-
lidades narrativas; Artemio de Valle Arizpe (1888)
escritor representativo entre todos los que se han aso-
mado a los tiempos coloniales; María Enriqueta (1875)
cuyo discreto sentimentalismo se manifiesta en un es-
tilo claro, sincero y eficaz; Genaro Fernández Mac-Gre-
gor (1883) analizador de pasiones; Mariano Silva y
Aceves (1886) prosista de exquisita simplicidad; Julio
Torri (1889) artista riguroso, autor de historietas ca-
prichosas e insólitas; y Jorge de Godoy (1894) Fran-
cisco Monterde (1894) y Manuel Horta (1897) cuyos
nombres se asociaron un momento por haber burilado
fantasías de la época virreinal.*

*Aunque se hayan distinguido principalmente como
poetas, deben considerarse en este esquema los nom-
bres de Manuel José Othón ("Cuentos de Espantos"),
Amado Nervo ("El Donador de Almas", "Cuentos Mis-
teriosos") y Luis G. Urbina ("Cuentos Vividos y Cró-
nicas Soñadas"). También deben figurar, —por ha-
ber realizado alguna incursión en este campo—, escri-
tores de tan diversa significación como Ignacio Manuel
Altamirano, Federico Gamboa, José Vasconcelos, Al-
fonso Reyes, Martín Luis Guzmán, José Rubén Rome-
ro, Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda, Gui-
llermo Jiménez, Rafael F. Muñoz, O. G. Barreda, Agus-
tín Yañez, Jorge Ferretis y el malogrado Cipriano Cam-
pos Alatorre. Tal vez faltan algunos cuyas obras no
han estado a mi alcance en este momento.*

En la actualidad hay un extraordinario floreci-

miento del cuento. Entre los más destacados cuentistas se perfilan Gregorio López y Fuentes que con prodigiosa fuerza de visión pinta los hombres y las cosas del campo y Ermilo Abreu Gómez cuyos "Cuentos de Juan Pirulero", tramados con recuerdos y emociones de su infancia, son de un delicioso encanto. Aquellos Vela hace rara aportación poética con sus "Cuentos del Día y de la Noche"; Francisco Rojas González da una nota de inspiración revolucionaria y Juan de la Cabada, en su "Paseo de Mentiras" nos lleva por caminos en que la realidad y la imaginación alternan o se confunden enigmáticamente. Tras ellos asoma una pléyade valiosa encabezada por Efrén Hernández, José Revueltas y Fernando Benítez.

Sumamente interesante sería hacer una inquisición acerca de la estética del cuento, pero dada la complejidad de su naturaleza, no es éste el lugar para intentarlo. La primera virtud que John Galsworthy exige al cuentista es el poder de interesar de frase a frase. ¿Lograrán cautivar al lector de tal manera las páginas que siguen? Al ponerlas en sus manos, lo hago con la esperanza de que, al mismo tiempo que encuentra en su lectura un motivo de recreo y de emoción, se sienta atraído hacia el paisaje, los anhelos y el espíritu de México que en ellas se encuentran inmanentemente contenidos.



! P r ó x i m a m e n t e !

C U E N T O S
G U A T E M A L T E C O S

Selección

y nota preliminar

por

ALFONSO ORANTES



EL BUEN EJEMPLO

POR

VICENTE RIVA PALACIO

Si yo afirmara que he visto lo que voy a referir, no faltaría, sin duda, persona que dijese que eso no era verdad; y tendría razón, que no lo vi, pero lo creo, porque me lo contó una señora anciana, refiriéndose a personas a quienes daba mucho crédito y que decían haberlo oído de quien llevaba amistad con un testigo fidedigno, y sobre tales bases de certidumbre bien puede darse fé a la siguiente narración:

En la parte sur de la República Mexicana, y en las vertientes de la Sierra Madre, que van a perderse en las aguas del Pacífico, hay un pueblecito como son, en lo general, todos aquéllos: casitas blancas cubiertas de encendidas tejas o de brillantes hojas de palmera, que se refugian de los ardientes rayos del sol tropical

a la fresca sombra que le prestan enhiestos cocoteros, copudos tamarindos y crujientes platanares y gigantes cedros.

El agua, en pequeños arroyuelos, cruza retozando por todas las callejuelas, y ocultándose, a veces, entre macizos de flores y de verdura.

En ese pueblo había una escuela, y debe haberla todavía; pero entonces la gobernaba don Lucas Forcida, personaje muy bien querido por todos los vecinos. Jamás faltaba a las horas de costumbre al cumplimiento de su pesada obligación. ¡Qué vocaciones de mártires necesitan los maestros de escuela de los pueblos!

En esa escuela, siguiendo tradicionales costumbres y uso general en aquellos tiempos, el estudio para los muchachos era una especie de orfeón, y en diferentes tonos, pero siempre con desesperante monotonía, en coro se estudiaban y en coro se cantaban, lo mismo las letras y las sílabas, que la doctrina cristiana o la tabla de multiplicar.

Don Lucas soportaba con heroica resignación aquella ópera diaria, y había veces que los chicos, entusiasmados, gritaban a cuál más y mejor; y era de ver entonces la estupidez amoldando las facciones de la simpática y honrada cara de D. Lucas.

Daban las cinco de la tarde; los chicos salían escapados de la escuela, tirando piedras, coleando perros y dando gritos y silbidos, pero ya fuera de las aguas jurisdiccionales de D. Lucas, que los miraba alejarse, como diría un novelista, trémulo de satisfacción.

Entonces D. Lucas se pertenecía a si mismo: sacaba a la calle una gran butaca de mimbre; un criado le traía una taza de chocolate acompañado de una gran torta de pan, y D. Lucas, disfrutando del fresco de la tarde y recibiendo en su calva frente el viente-cillo perfumado que llegaba de los bosques, como para consolar a los vecinos de las fatigas del día, comenzaba a despachar su modesta merienda, partiéndola cariñosamente con su loro.

* * *

Porque D. Lucas tenía un loro que era, como se dice hoy, su debilidad, y que estaba siempre en una percha a la puerta de la escuela, a respetable altura para escapar de los muchachos, y al abrigo del sol por un pequeño cobertizo de hojas de palma. Aquel loro y D. Lucas se entendían perfectamente. Raras veces mezclaba sus palabras, más o menos bien aprendidas, con los cantos de los chicos, ni aumentaba la algazara con los gritos estridentes y desentonados que había aprendido en el hogar materno.

Pero cuando la escuela quedaba desierta y D. Lucas salía a tomar su chocolate, entonces aquellos dos amigos daban expansión libre a todos sus afectos. El loro recorría la percha de arriba abajo, diciendo cuanto sabía y cuanto no sabía; restregaba con satisfacción su pico en ella, y se colgaba de las patas, cabeza abajo, para recibir la sopa de pan con chocolate que con paternal cariño le llevaba D. Lucas.

Y esto pasaba todas las tardes.

Transcurrieron así varios años, y D. Lucas llegó a tener tal confianza de su querido “perico”, como le llamaban los muchachos, que ni le cortaba las alas ni cuidaba de ponerle calza.

Una mañana, serían como las diez, uno de los chicos, que casualmente estaba fuera de la escuela, gritó espantado:

—¡Señor maestro, que se vuela “perico”!

Oír esto y lanzarse en precipitado tumulto a la puerta maestro y discípulos, fué todo uno; y, en efecto, a los lejos, como un grano de esmalte verde herido por los rayos del sol, se veía al ingrato forzando su vuelo para ganar cuanto antes refugio en el cercano bosque.

Como toda persecución era imposible, porque ni aún teniendo la filiación del prófugo podría habersele distinguido entre la multitud de loros que pueblan aquellos bosques, don Lucas, lanzando de lo hondo de su pecho un “sea por Dios”, volvió a ocupar su asiento, y las tareas escolares continuaron, como si no acabara de pasar aquel terrible acontecimiento.

* * *

Transcurrieron varios meses, y D. Lucas, que había echado al olvido la ingratitud de “perico”, tuvo necesidad de emprender un viaje a uno de los pueblos circunvecinos, aprovechando unas vacaciones.

Muy de madrugada ensilló su caballo, tomó un ligero desayuno y salió del pueblo, despidiéndose muy cortésmente de los pocos vecinos que por las calles encontraba.

En aquel país, pueblos cercanos son aquellos que sólo están separados por una distancia de doce o catorce leguas, y D. Lucas necesitaba caminar la mayor parte del día.

Eran los dos de la tarde; el sol derramaba torrentes de fuego; ni el viento más ligero agitaba los penachos en las palmas que se dibujaban sobre un cielo azul con la inmovilidad de un árbol de hierro. Los pájaros enmudecían ocultos entre el follaje, y sólo las cigarras cantaban tenazmente en medio de aquel terrible silencio a la mitad del día.

El caballo de D. Lucas avanzaba, haciendo sonar el acompasado golpeo de sus pisadas con la monotonía del volante de un reloj.

Repentinamente, D. Lucas creyó oír a lo lejos el canto de los niños de la escuela cuando estudiaban las letras y las sílabas.

Al principio aquello le pareció una alucinación producida por el calor, como esas músicas y esas campanadas que en el primer instante creen oír los que sufren un vértigo; pero, a medida que avanzaba, aquellos cantos iban siendo más claros y más perceptibles; aquello era una escuela en medio del bosque desierto.

Detúvose asombrado y temeroso, cuando de los árboles cercanos se desprendió, tomando vuelo, una bandada de loros que iban cantando acompasadamente: ba, be, bi, bo, bu; la, le, li, lo, lu; y tras ellos, volando majestuosamente, un loro que, al pasar cerca del espantado maestro, volvió la cabeza, diciéndole alegremente:

—¡Don Lucas, ya tengo escuela!

Desde esa época a los loros de aquella comarca, adelantándose a su siglo, han visto disiparse las sombras del oscurantismo y la ignorancia.





O R D A L I A S

POR

VICTORIANO SALADO ALVAREZ

Zorrilla (me parece que fué Zorrilla) escribió en alguna parte que el pueblo mexicano era el más agudo de la tierra; y aunque el cantor de *Granada* se refería de seguro a los *pelados* de las ciudades, le habría sobrado oportunidad de comprobar su dicho si hubiera conocido a los ladinos de los campos o de las poblaciones cortas, villanos disimulados, agudos, socarrones, sutiles y dotados de un sentido común san:hopancino, que deja muchas leguas atrás los entusiasmos de los Quijotes intelectuales y teóricos.

El sufragio popular, que a veces no es tan ciego ni falto de discernimiento como se supone, suele elevar a

los primeros puestos a los listillos que en cada pueblo descuellan. Claro que no todos son, como Zadig, capaces de descubrir por las huellas de un animal si éste es perra, si lleva el rabo y las orejas largos y si está preñado, pero casi todos suelen discurrir medios y arbitrar recursos que se le ocultarían a uno de esos abogados repletos de Código y ayunos de razón, que abundan más de lo que parece.

Merecían mención perpetua muchas alcaldadas, desde la del que resolvía todas las cuestiones, y principalmente las de matrimonio, mandando meter a la cárcel a todo el mundo, con lo cual lograba el avenimiento de los peleantes en unas cuantas horas, hasta la del que avisaba que los ladrones se habían refugiado en la cima de los árboles, porque los había ahorcado dejándolos allí al sol y al aire.

No acostumbro las invocaciones, porque no escribo poemas épicos, sino cuentecillos sin miga ni enjundia; pero a fe que en esta ocasión siento gana de invocar al rabelesiano sieur de Balzac, que tan buenos cosas recogió en las abadías de Turena, y al gran gobernador de la Baratania, que tan salomónicos juicios dejó en su ínsula. Que me ayuden uno y otro.

En el pueblo de Ozomatlán, se había llegado al conocimiento de muchas verdades que constituían el caudal de la sabiduría común: que la Virgen del Refugio, que se veneraba en la iglesia del lugar, era más milagrosa que cualquiera otra Virgen conocida o por conocerse; que quien bebía agua del Jaloc, un arroyuelo que corría por los ejidos del pueblo, adquiriría en él carta de naturaleza; que los más excelentes *colores*

de muchachas los había en la municipalidad, y que la entereza y pulcelaje de Teresa López, conocida por *Teresita la Brincos*, habían desaparecido en una época que no podía fijarse sino por cálculos verosímiles, pero en manera alguna por datos autorizados.

Y en verdad, que no había motivo ostensible para asegurar nada que amenguara el buen crédito de la moza; otra más recoleta, más metida en su casa, más modosita y más enemiga de bailes y bureos, no la había en todo el fundo legal de la villa, así se la hubiera buscado con cirio pascual; pero la gente había dado en que aquel perro tenía rabia, y rabia había de tener, pesara al mundo entero, por más que el teniente Martínez, don Antonio Gallardo, el dueño de la “Cofradía” y Manuel Gómez, el mayordomo de la estancia de “La Higuera”, hubieran sido callados como tumbas, pues se preciaban de secretos caballeros más que el mismísimo don Galaor.

Autores hay que afirman que cuando la Teresita se presentó en casa del alcalde don Esteban Pérez, iba llorosa y afligida, al paso que otros dicen que no iba sino contenta y alborozada; en lo que sí están conformes todos, es en asegurar que la maldita muchacha llegó tan hermosa que daba gloria verla. Con su falda de gasa, su *rebozo de bolita*, sus arracadas de oro y su medalloncito de la Guadalupeana al cuello, realzaba la gracia de aquel semblante, que ostentaba de un lado el sol y de otro la luna, el esmalte de aquellos dientes chiquititos y el brillo de aquellos ojos traicioneros y charlatanes. Como dueña y guardiana de aquel cacho de gloria iba una vieja hasta de sesenta años, negra co-

mo la tizne, gorda como un tonel, horrible como un mal sueño. Si fuera verdad que cada ser produce su semejante, habría que investigar la maternidad de Teresita; y tal cosa no está prevista en derecho, que dice que la madre siempre es cierta.

Don Esteban llegaba cabalmente de su rancho de "Las ánimas", calado hasta los huesos y sin ganas de esgrimir la vara de la justicia, cuando le salió al paso la bruja aquella. El alcalde bajó del penco, dió la rienda al mozo que aguardaba, y sin esperar a que lo despojaran de cuarta, chaparreras y espuelas, se puso a oír a la vieja.

Quien después del obligado "pues, señor, ha de saber su mercé" empezó a contar que *señor don Lucas*, el de "El Rocío", había dado en visitarlas en su casita rumbo del camposanto, so pretexto de encargables calados, randas, deshilados, obras de malla y otras labores en que la Teresa era, aunque le estuviera feo el decirlo y para ello se tomara la mano, una verdadera águila; que ella, la vieja —¿para qué era más que la verdad?— estaba al tanto de todo, pero que como don Lucas era hombre serio y viudo, había pensado que la cosa sería por el buen fin, pues ellas, aunque pobres, no habían dado nada que decir de su conducta; y que si era porque el padre de la muchacha había sido *abastero*, el de don Lucas había sido mayoral de carros, y el mismo capitalista de ahora había andado con atajos de mulas; que uno de los días pasados, cuando la madre había salido al *centro* a comprar cosas de las que la muchacha necesitaba para su industria, don Lucas, con atrevimiento jamás visto, se había me-

tido a la casa, y dando a los chicos hermanos de la niña dinero para que compraran friolerillas a su gusto, había abusado de la muchacha valiéndose de su fuerza física superior; que habían procurado arreglarlo todo en lo privado, pero que como Sr. *don Lucas* se hacía el desentendido, habían resuelto *dar paso* a la denuncia judicial, como lo hacían, aunque con mucha pena, pues no eran gentes que gustaran de andar en lenguas; y que en los años que tenían era la primera vez que pisaban un juzgado.

Don Esteban, que era alto, blanco, tripón, de nariz aguileña y ojos verdes, estaba casi tendido en un *equipal* forrado de cuero que rechinaba a cada movimiento del viejo. No alzó la cabeza, no hizo signo alguno, temeroso de “externar su opinión”; pero cuando la oradora hubo concluido, se encaró con la chica y le habló así:

“Yo no sé si lo que tu madre me ha contado es verdad o es mentira; mucho crédito merece el dicho de señora Francisca, la del barrio de abajo; pero tanto como su palabra, y quizá más, creo en la de mi compadre don Lucas, qua a lo que parece niega lo que ella asegura. ¿Qué hacer, pues, y a qué carta quedarnos? Si doy crédito a lo que ustedes me dicen, quizá agravie a Lucas; pero quizá agravie también a la razón y a la ley, que merecen de seguro mayor respeto que el que tengo a la amistad de mi compadre. Si oigo más bien a Lucas, bien puede ser que deje sin castigo un delito feo, y sin la reparación debida a esta preciosa criatura. Aquí era mano de que un letrado levantara un proceso y pusiera la verdad como un ca-

bello; pero ni hay aquí letrados, ni aunque los hubiera lograrían aclarar este embolismo. La persona más docta del lugar lo es, sin duda, después del señor Cura, mi amanuense y secretario, Marcos López, que se pasa de listo y que casi es un licenciado, pues *destripó* cuando le faltaban dos años para *recibirse*. Marcos me ha contado que allá, no sé en qué tiempos, cuando no había leyes, o las que había no eran tan perfectas como los santísimos códigos que ahora gastamos, se acostumbraba recurrir a medios que parecen raros, pero que no son sino muy discretos, conforme a mi manera de opinar. Cuando se dudaba de la verdad de una cosa, se disponía que el que acusaba o el que se creía inocente, según que uno u otro hubieran pedido el *juicio de Dios*, cogiera un hierro ardiendo: si las quemaduras desaparecían a poco, era claro que no debía considerarse culpable al acusado. Otra manera de probar la inocencia consistía en arrojar al reo a un estanque: si se iba al fondo, no cabía duda que estaba más limpio de culpa que el alma de un justo; si sobrenadaba, era un tunante de marca.

“Yo me encuentro tan falto de leyes como cualquier bárbaro de los que Marcos refiere, y por eso creo oportuno aplicar aquí una prueba de la clase de las que he dicho; pero, como, por misericordia de Dios, no soy tan bruto como los de aquellos tiempos, creo que no hay para qué maltratar las preciosas manos con que esta niña se gana la vida, ni exponerla a que se ahogue echándola al aljibe que hay en la casa, ni obligarla a que beba agua hirviendo o a que se presente desnuda ante la gente, porque con esto daríamos

un día de fiesta a todos los desocupados de la jurisdicción. Mejor me parece un medio que acabo de idear y que es tan sencillo y tan inocente que a todos nos dejará complacidos”.

Y desciñéndose el gran cuchillo de monte que traía a la cintura, entregó la hoja a Teresita y conservó él la vaina de cuero.

“Se trata —dijo— de meter esta arma dentro de su funda. Si consigues atinar con la abertura, declararé a mi compadre el primer bribón del pueblo, y lo mandaré traer atado codo con codo. Si, por el contrario, no lo haces, serás la bellaca mayor de estos contornos y te mandaré a tu casa sin más resultas”

Sin darse cuenta la muchacha de la astucia del alcalde *colado*, cogió el cuchillo, apuntando directamente a la abertura; pero don Esteban, inclinando un poco la vaina, impidió la entrada de la hoja. Porfió Teresita, volvió a mover la vaina el alcalde y el mismo resultado. El juego se prolongaba, sin oírse más que: “muchacha, que me traspasas la mano”, o bien, “pero no la *buiga* tanto”, hasta que, cansada la víctima de don Lucas, desistió de su intento, renunciando al juicio de Dios.

Don Esteban envainó entonces el arma, dió un suave golpecito en una mejilla a la guapa moza y le dijo con sorna, mientras se limpiaba el sudor con un *paliacate* de *holancillo*: “Vaya, niña, que si en vez de forzarda te toca ser forzadora, no aciertas con el oficio; pero ya sabes el remedio para otra ocasión: no estarte hecha un poste. En cuando a mi compadre, yo le hablaré, y como sé que es liberal y nada duro de co-

razón, creo que te dará dinero de manera de dejarte contenta. ¡Fuerza sin bebedizo ni intervención de otros desalmados! No en mis días”.

Y madre e hija salieron más que corridas de la presencia judicial.





LA COCINERA

POR

JULIO TORRI

...más vale que vayan los fieles a perder su tiempo en la maroma, que su dinero en el juego, o su pellejo en los fandangos.

(General Riva Palacio, *Calvario y Tabor*.)

Por inaudito que parezca hubo cierta vez una cocinera excelente. La familia a quien servía se transportaba, a la hora de comer, a una región superior de bienaventuranza. El señor manducaba sin medida, olvidado de su vieja dispepsia, a la que aún osó desconocer públicamente. La señora no soportaba tampoco que se le recordara su antiguo régimen para enflaque-

cer, que ahora descuidaba del todo. Y como los comensales eran cada vez más numerosas renacía en la parentela la esperanza de casar a una tía abuela, esperanza perdida hacía ya mucho.

Cierta noche, en esta mesa dichosa, comíamos unos tamales, que nadie los engulló mejores.

Mi vecino de la derecha, profesor de Economía Política, disertaba con erudición amena acerca de si el enfriamiento progresivo del planeta influye en el abaratamiento de los caloríferos eléctricos y en el consumo mundial de la carne de oso blanco.

—Su conversación, profesor, es muy instructiva. Y los textos que Ud. aduce vienen muy a pelo.

—Debe citarse, a mi parecer,—dijo una señora—cuando se empieza a olvidar lo que se cita.

—O más bien cuando se ha olvidado del todo, señora. Las citas sólo valen por su inexactitud.

Un personaje allí presente afirmó que nunca traía a cuento citas de libros, porque su esposa le demostraba después que no hacían al caso.

—Señores,—dijo alguien al llenar su plato por sexta vez— como he sido hasta hoy el más recalcitrante sostenedor del vegetarianismo entre nosotros, mañana, por estos tamales de carne, me aguardan la deshonra y el escándalo.

—Por sólo uno de ellos—dijo un sujeto grave a mi izquierda—perdería gustoso mi embajada en Mozambique.

Entonces una niña.....

(¿Habéis notado la educación lamentable de los niños de hoy? Interrumpen con desatinos e imperti-

nencias las ocupaciones más serias de las personas mayores).

... Una niña hizo cesar la música de dentelladas y de gemidos que proferíamos los que no podíamos ya comer más. y dijo:

— Mirad lo que hallé en mi tamal.

Y la atolondrada, la aguafiestas, señalaba entre la tierna y leve masa un precioso dedo meñique de niño.

Se produjo gran alboroto. Intervino la justicia. Se hicieron indagaciones. Quedó explicada la frecuente desaparición de criaturas en el lugar. Y sin consideración para su arte peregrina, pocos días después moría en la horca la milagrosa cocinera, con gran sentimiento de algunos gastrónomos y otras gentes de bien que cubrimos piadosamente de flores su tumba.



C U A T R O C U E N T O S I N E D I T O S
D E A U T O R E S P A N A M E Ñ O S

• FITO AGUILERA

“PANAMA ES UNA TACITA DE ORO”
La tragedia del campesino panameño que abandona su rancho “por no matar al hijo del patrón” y es devorado por la ciudad.

• OFELIA HOOPER

“EL INDIO SEÑIL DOMADOR DE JAGUARES”
Leyenda guaimí donde campea la gallarda silueta del valiente Señil atravesando las selvas acompañado por sus treinta jaguares.

• JULIO B. SOSA

“LA CERCA DE PIÑUELAS”
Un crimen pasional entre los ritmos del bullarengue y la cumbia, mientras la sangre hierva a los efectos del guarapo y la chicha.

• DR. J. M. NUÑEZ

“¡TATA!”
Cuento de vigorso realismo en el que la vorágine del vicio y las fuerzas de la naturaleza bravía castigan rudamente al viejo “tata” ebrio de alcohol y de pasiones.

—————:O:—————

Aparecerán en los próximos números de la
BIBLIOTECA SELECTA



EL HOMBRE QUE MIRABA EN LA OSCURIDAD

POR

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES

Todos los muchachos, al retirarse a sus casas ya bien alta la noche, después de oír semejantes historias, si no cantaban por lo menos iban silbando: síntoma inconfundible del miedo. ¡Qué trance para los que tenían que pasar por la oscuridad cerrada, que se colgaba de los copudos árboles a la orilla de algún callejón! ¡Qué enchinamiento de cuerpo a causa de cualquier ruido o de cualquiera sombra deslizándose entre las otras sombras! Llegar con el corazón pugnando por salirse del pecho y después, ya en el laberinto

to del sueño, tener pesadillas que arrancan gritos...

—¡Madre, tengo miedo...!

Sin embargo, a la noche siguiente, como sucede con los viciosos que día a día se proponen una enmienda, allá iban los muchachos a provocar otras historias. ¿Quién sabe qué atracción tenía El Hombre que Miraba en la Oscuridad! Era tal vez que únicamente hablaba de lo que está más allá de los ojos de todos, más allá de los sentidos de todos: el misterio... El Hombre que Miraba en la Oscuridad...

En comparación a lo que él contaba, ningún interés tenía el cuento de Juan Oso, el muchacho que a los dos meses de nacido ya removía la roca con que su padre, el raptor bestial de su madre, dejaba asegurada la puerta de la cueva. Fuera de la emoción que podía causarles el hecho de que la fiera se llevara a una mujer joven, todo lo demás era la cara amable de la aventura: el triunfo de la parte humana del nuevo sér, por sobre la animalidad de su progenitor.

En comparación a lo que contaba El Hombre que Miraba en la Oscuridad, tampoco tenía interés alguno la vida pintoresca y llena de argucia de Pedro Urdimales: allá él con sus habilidades para burlar a los fuertes, con su maña para defraudar a los ricos... El gigante le dijo:

—Ganará de los dos, el que arroje más lejos una piedra... Y Urdimales, cuando se dirigían al campo donde iba a tener lugar la prueba, metió la mano en un follaje y cogió una paloma... El gigante, después de tomar un gran impulso, lanzó su piedra y ésta fué a caer más allá de los altos árboles que limita-

ban el campo... Urdimales, a su vez tendió el brazo y la paloma se fué en línea recta, como un pedrusco, hasta perderse entre las nubes...

—Cosa divertida es ésta de mirar en la obscuridad...

—¿No te causa horror cuanto ves?

—Ya estoy acostumbrado... Los buhos y los perros también saben ver en la obscuridad y, sin embargo, no tienen miedo... Yo soy como un buho... Nada de lo que pasa por la noche me es desconocido... Se me antoja que mis ojos son como esos fanales que alumbran los caminos cuando hay niebla y que llevan los automovilistas: el ángulo luminoso está en mis pupilas y el embudo de luz se abre allá lejos, abarcándolo todo... Yo soy como un buho que mira en la noche o como los perros que también saben ver en la obscuridad... En ocasiones siento el aullido en la garganta: soy también como los perros...—¡Lo que hemos visto los buhos, los perros y yo...!

El Hombre que Miraba en la Obscuridad abarcaba de una ojeada todo el campo y sus oyentes se estremecían y se apretaban en un racimo de pánico:

—¿Ves algo?

—Sí... Allá, bajo los árboles, por lo más apretado de sombra, va la Muerte... ¿No la ven ustedes? Se ha quedado pensando... ¿Por quién de nosotros vendrá? Ha de ser por ese enfermo que ya lleva muchas noches quejándose... ¡Pobre hombre! Flaco y hambriento vino a caer en un corredor y de él no se sabe ni el nombre...

—¿La ves todavía?

—Sí, la veo... todavía... Está apoyada en un

bordón... Parece que remueve con el pie una hoja seca, como si pensara... ¿Por qué no ladrarán los perros? Tal vez no la han visto... Yo veo mejor que los perros, en la obscuridad...

—¿La ves todavía?

—Sí, la veo... todavía... Ya se echó a andar: bien que veo sus canillas tan delgadas como un palo de escoba. En este momento nos mira... Sus ojos son negros y los huesos que los rodean son muy blancos... Ya se fué... ¿A dónde irá?

Un afelpado silencio de respiraciones contenidas, temblor de manos y sudor frío. Los oyentes eran unos buzos hundidos en lo profundo de la vulgaridad visual. Aunque dirigían los ojos para todos los campos, nada les comunicaba la noche. Por eso querían verlo todo en los ojos del Hombre que Miraba en la Obscuridad. Sus ojos, para ellos, buzos en lo profundo de la vulgaridad visual, eran el periscopio asomándose a la superficie del misterio.

Se había quedado mirando fijamente. Esa insistencia era mucho más escalofriante que la palabra misma:

—¡Habla! ¡Habla!

—Silencio... Silencio. ¿Ven ustedes el corral de piedra que está junto al camino?

—Yo no veo nada...

—¿Recuerdan que en ese lugar mataron a...?

—Sí...

—Pues allí está, como todas las noches, con el pecho lleno de sangre, pálido, al parecer distraído... Es que, como murió en forma trágica, todavía no se ha dado cuenta de que ha muerto... Viene a buscar

su propio cuerpo... No lo encuentra y se sienta en una de las piedras caídas de la cerca... Tal vez lo espera... Así permanece largo tiempo todas las noches y, por fin, se va...

—¡Oh, yo no quiero verlo!

—Necesitarías la virtud que tienen mis ojos, para poder verlo...

—¿Está todavía?

—Sí, pero ya se va... Tal vez nos ha oído...

* * *

El Hombre que Miraba en la Obscuridad quiso ver mucho más. Ya no era suficiente lo que veía y contaba noche a noche. Ya había dicho a sus oyentes cómo trabajan las arañas en medio de la sombra, para tender los hilos en que han de enredarse los insectos matutinos. Ya había contado cómo se aman las serpientes en la espelunca negra de la madrugada. Ya les había descrito con todos los detalles cómo son los fuegos fatuos, invisibles para los ojos vulgares. Ya les había contado cómo ronda el Diablo cerca de los hombres y cómo en las noches más espesas repiten los muertos sus mismas historias sentados sobre sus sepulturas.

Tal vez pensaba que cuanto había visto y contado fué sólo una alucinación, y quiso ver. Ver de verdad, con los ojos muy abiertos, sin gente que lo sugestionara con su pánico y sus preguntas. ¡A lo mejor lo habían engañado sus propios ojos y cuanto había visto no era más que la imagen de lo que llevaba en sí mismo!

¿Por qué si únicamente él tenía el privilegio de ver en la obscuridad, cuanto miraba coincidía con el concepto que todas las gentes tienen de eso que está

en el misterio: la Muerte, el Diablo...?

Se le volvió obsesión. ¿Cómo saber si en verdad veía en la obscuridad? ¿Esos ojos de buho no estarían por dentro, alumbrando como una veladora en un rincón oscuro? ¿Sus ojos, los que llevaba en las órbitas, no serían como todos los ojos humanos, incapaces de taladrar las sombras? ¡Qué desengaño, si esa luz que llevaba por dentro, no era otra cosa que la imaginación!

A fuerza de compaginar sus dudas, dejó de ver para los demás. Quería convencerse completamente, pues mientras ellos estaban seguros de cuanto habían oído, él seguía dudando.

—¿Hoy no nos dices lo que ves?

—Hoy no: es noche de luna y ya saben ustedes que los buhos no ven cuando hay luz...

Sin comunicar a nadie su proyecto, pensó mucho en lo que más le convendría: ¿unos ojos de buho o unos ojos de perro? Los ojos de perro tienen la ventaja que son casi humanos y nadie iba a notar el cambio, si se decidía a quedarse para siempre con ellos. Pero no estaba seguro de que los perros vean en la obscuridad: a lo mejor se guían sólo por el olfato. Los ojos del buho, en cambio, sí que son eficaces en las sombras, pero cómo quedarse con ellos si son tan felinos, tan grandes, tan redondos...

Se decidió por el buho, convencido de que el trasplante sería sólo por unos momentos, el tiempo indispensable para taladrar el misterio y ver más allá de la noche: dos ojos de luz amarillenta, como esos faros para ir por los caminos densos de niebla. Prefirió la madrugada, cuando la noche es más negra y

cuando el mundo está más poblado de fantasmas: un periscopio de la sombra a la luz.

Con el ademán de quien se quita unos espejuelos para ver de cerca y se pone otros para ver de lejos, el Hombre que Miraba en la Oscuridad se quitó sus propios ojos y se puso los de buho. La impresión que tuvo fué la de que había amanecido súbitamente. A todas partes donde dirigía los ojos, se abrían dos conos de luz y lo miraba todo hasta los más escondidos rincones: las plantas, como los animales diurnos, dormidas; los caminos, solitarios; los panteones, en paz... Ningún espíritu en busca de su cuerpo. Ni la Sombra de la Muerte. Como manifestación de vida, sólo el grillo puliendo su diamante y los demás buhos con sus escudos de cobre hechos día en la sombra.

Con el ademán de quien se quita unos espejuelos para ver de lejos y va a ponerse otros para ver de cerca, El Hombre que Miraba en la Oscuridad iba a despojarse de los ojos de buho precisamente cuando se abría el alba. Pero, como los buhos no ven a la luz del día, ya no encontró sus propios ojos...

* * *

—¿Preferiste la ceguera para no ver fantasmas?

—Aunque estoy ciego, los veo todavía: los fantasmas están dentro de nosotros.....



Los grandes secretos de la vitamina "A"

Los médicos rusos han demostrado que la cicatrización de las heridas de los soldados sometidos a operaciones quirúrgicas en los hospitales de sangre aumentan o disminuyen según la cantidad de Vitamina A que se les administre después de la operación.

Esta vitamina produce grandes efectos en el organismo humano y el buen funcionamiento de ciertos órganos.

Durante la presente guerra, muchos aviadores de las Naciones Unidas, especialmente rusos, han perdido la vida en expediciones nocturnas contra los alemanes por la falta de Vitamina A.

La ceguera nocturna se debe a la falta de Vitamina A, que regula el funcionamiento de los órganos de los ojos.

La Vitamina A aumenta la fortaleza física, estimula el apetito, regula el tejido epitelial y el dentario.

Esta Vitamina A abunda en la leche, los huevos, las legumbres verdes o amarillas, los vegetales, la mantequilla y también puede conseguirse en el aceite de hígado de bacalao o hablibut.

Por término medio, las personas adultas, requieren 3,000 calorías diariamente para mantener la salud del cuerpo.

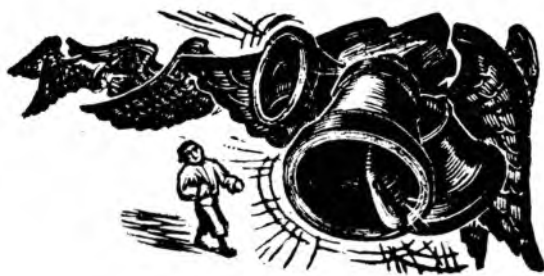
Las personas que tienen exceso de calorías, por ejemplo las personas pudientes de fortuna, tienen por resultado exceso de peso, el abultamiento y grasa en el vientre y un recargo perjudicial en el sistema digestivo.

Estos desórdenes son provocados por la mala costumbre de comer en exceso, comer alimentos inapropiados. Los alimentos no deben presentarse en la mesa demasiado condimentados o con muy abundantes salsas o grasa porque producen fermentación o irritación en el estómago y en el tubo digestivo. El mejor remedio para esto es, no comer mucho, sino lo necesario para la salud. Pero el hombre siempre está inclinado a comer lo que gusta y no lo que le conviene.

La gula impera sobre la prudencia y la sensatez.

Los mejores alimentos consisten en carnes, grasas, leche, frutas, vegetales, legumbres y huevos. Pero nunca preparados con exagerada sal o nadando en grasa porque esto es hartamente perjudicial.

**(Junta Nacional de Nutrición
Banco Agro-Pecuario).**



M I G U E L I T O

POR

E. ABREU GOMEZ

Miguelito era tan pobre, tan pobre, que nunca creyó reunir los diez centavos necesarios para comprar dos canicas de esas que llaman de tiro. Por eso cuando su papá le dió el último centavo, Miguelito no sabía si reír o llorar. Contó y recontó sus centavos. De veras eran diez. Al principio pensó cambiarlos por una moneda de plata. Pero tuvo miedo —¡es tan fácil perder una moneda pequeña!— Después, quiso 'ver sus centavos limpiecitos. Los juntó y los lavó con ceniza y limón. Parecían de oro. Sonaban que era un gusto. Casi se arrepintió de haber hecho esto. Así tan limpiecitos, tan relucientes, tan amarillos, no parecían

legítimos, despertaban sospechas. Quiso volverlos a ennegrecer. Los revolvió entre cisco de carbón. Palidecieron. Pegando unos contra otros, puestos de plano en la punta de sus dedos, creyó oírlos con menos claridad. De todos modos, ya eran suyos los diez centavos. Pretendió alinearlos en la mesa. Quiso también ponerlos en orden de fecha: de 1900 —que era el más antiguo— a 1938, que era el más moderno. En esta tarea estaba entretenido cuando advirtió que la pieza de 1901 la tenía duplicada y que, en cambio, le faltaba la de 1905. Se asustó. Pensó que por esta falla, su dinero no valía. En seguida discurrió lo que podía hacer. Iría a la tienda de la esquina y le diría al dependiente que le cambiara la que le sobraba. No era mucha molestia en verdad. Le diría también que no era cosa de prisa, que podía esperar, por ejemplo, uno o dos días.

Al fin, no hizo nada. Creyó que iban a pensar algo malo de su petición. Volvió a revolver sus centavos, en un arranque de desesperación. Los guardó, amarrándolos en la punta de su pañuelo. Pero el nudo se deshizo varias veces y, al fin, se rompió. Prefirió entonces envolverlos en un pedazo de papel. Hizo un cartuchito que rodaba sobre la palma de la mano, como un juguete. A poco le resultó ostentoso el juego.

Cualquiera podría pensar que se trataba de monedas más valiosas. Podía un desocupado arrebatárselas y darle, por añadidura, un golpe. Se agarró, sin darse cuenta, la cabeza. Deshizo el cartuchito y regó los centavos. De tanto manosearlos acabaron por ponerse renegridos, un poco verdosos. Pensó, entonces, comprar de una vez las canicas. Miró el reloj. Ya

era tarde. Así de noche y en el estanquillo de don Ramiro, mal alumbrado, no era posible ver los colores que quería. Dejaría mejor la compra para la mañana siguiente.

Guardó los centavos en la bolsa de su pantalón, y se acostó. A media noche se levantó, cauteloso, a contarlos. Estaban fríos. Contó nueve. Había perdido uno. No era posible. Los volvió a contar: eran diez. Tal vez había contado mal. Le entró una gran desconfianza. Los contó de nuevo; en efecto, eran diez. Ya no quiso contar de nuevo, por temor de que resultaran nueve. Los puso, ahora debajo de la almohada. Cuando apoyó la cabeza, los oyó rechinar como si se quebraran. A tientas, despacito, los contó: eran diez. En un instante se quedó dormido. Soñó que le robaban. Despertó sobresaltado. Al incorporarse notó que ya no estaban debajo de la almohada. Evidentemente, le habían robado. No cabía duda. Miró y remiró, los centavos volaron. Pensó en el ladrón. En una rápida inquisición, miró la ventana y la puerta: por ahí no entró el ratero. Seguro estaba agazapado, sabe Dios desde qué hora, debajo de la cama. Volvió a registrar la almohada, la funda. Se dejó caer en la cama, desolado. Oyó, entonces, un ruidito. Sintió algo frío que se le pegaba en la piel. Cerró los ojos y se puso a palpar, tembloroso, indeciso, desconfiado; tropezó con un centavo, luego con otro, después con otro, con otro más y con otro más. Respiró. Entre las cobijas estaban, cabales, los diez centavos. Los juntó todos y los apretó con la mano; contándolos, volvió a quedarse dormido. De sus dedos resbalaron y cayeron al suelo, casi sin hacer ruido, como si tuvieran miedo de des-

pertar a su dueño. Entre sueños siguió contándolos, once, doce, trece, catorce, quince. Llegó hasta cien. Lo dejamos dormido. Nosotros sabemos que sólo son diez.





G U A R A P O

POR

FRANCISCO ROJAS GONZALEZ

—¿Ves? Primero es guarapo... después cachaza, luego melado, después melcocha, por último, piloncillo.

La voz de mi padre se oía entre el bufar de los émbolos.

Me llevaba de la mano recorriendo los departamentos del trapiche. Su voz era insinuante. Se notaba a leguas su afán de enseñarme.

—Aquellos son los moldes. Allí están los peroles... esos hombres desnudos son los batidores. Tienen la piel curtida, la cachaza hirviendo no les levanta ampollas.

Y pasaban corriendo cerca de nosotros muchos hombres encuerados hasta medio cuerpo. Los calzoncillos de manta delgada se enrollaban hasta muy cerca de las ingles. Sus plantas desnudas, sudorosas, se estampaban sobre el piso negruzco.

—Allá está el molino.

Fuimos hasta allá.

—Esta es la caldera. Sigamos la banda para que conozcas la muela. Te va a interesar.

Y seguimos la banda.

Mi padre hablaba; pero el ruido del molino opacó su voz. En adelante no pude escuchar lo que dijo.

Llegamos a la muela.

Medrosamente me apreté a sus piernas. Dos enormes cilindros giraban uno sobre otro. Diez obreros con sus vientres protegidos por mandiles de cuero, alimentaban la gran máquina. Gruesos tercios de caña morada desaparecían entre los dos cilindros, produciendo ruidos que daban calosfrío. Parecían quejidos humanos.

Mi padre gesticulaba como queriendo comunicarme algo interesante. Yo entendí: quería que fijara mi atención en aquella enorme muela, en aquella máquina gigante a la que no sé qué de trágico le encontré desde el momento en que la vi. Hice con la cabeza un signo de asentimiento. Mi padre se tranquilizó.

Dimos una vuelta alrededor del estridente aparato

Por un lado salía el bagazo completamente prensado. Muchos hombres cargaban con él y lo llevaban a secar hasta los enormes patios soleados. Por el

otro lado una cascada de líquido zarco, delgado, corría haciendo burbujas.

—¡Ese es el guarapo!—gritó mi padre a mi oído.

—¡Ah, el guarapo!—dije por decir algo.

Un obrero escogió para mí la caña más tierna. Me obsequió con ella y sonrió tristemente cuando pasó su manaza sobre mi cabeza. Después mi padre cogióme por el hombro y me condujo a un lejano rincón de la fábrica. Allí apenas llegaban los ruidos; pero la muela y sus operarios se veían perfectamente.

Mi padre, recargado contra el muro descascarado, me dijo la historia:

—Una mañana, cuando el trapiche empezaba a trabajar, Estanislao el mayordomo, paseaba vigilante muy cerca de la muela. El viento jugueteaba con las puntas de su jorongo pintado a colorines. En una de tantas vueltas, el aire sopló más fuerte y las puntas del jorongo del trabajador fueron cogidas por los cilindros. La polea giraba a toda tensión, el mayordomo trató en vano de quitarse el gabán para burlar así el peligro; gritó pidiendo auxilio; algunos corrieron en su ayuda; pero la gran máquina se lo tragó con la facilidad con que se traga los tercios de caña morada.

Cuando los peones rodearon la muela, el guarapo se había convertido en sangre, y los bagazos salían revueltos con carne molida.

Algunos piadosos recibían en botes de petróleo las entrañas machacadas. Pararon la máquina; pero el guarapo enrojecido ya había llegado al gran tanque de depósito.

El mecánico llevó la noticia al patrón. Llegó jadeante a su presencia.

—¡Señor, algo grave aconteció en la fábrica:

—¿Qué, otra flecha rota?

—No, patrón, algo peor, una cosa horrible...

—¿Se reventó la banda?

—No, señor, Estanislao el mayordomo fué machacado por la muela.

—¡Ah!—respiró, y clavó de nuevo su cabeza para terminar el asiento que había empezado en el libro de deudores.

—Bueno, qué le vamos a hacer; Dios lo tenga en su gloria. Pero tú te has quedado como un bruto... Qué esperas, vete; recojan los restos que salgan por la boca del bagazo... y que los entierren!

—Pero patrón, la sangre ha llegado hasta el tanque de depósito, no ha sido posible detenerla, yo...

—¡Cómo! ¿Pero qué dices animal? Que la sangre ha... ¿Sabes que ese descuido me significa la pérdida de toda una molienda?

—¡Señor...!

—¡Nada, ordena que sigan trabajando! ¡Yo no puedo perder... Vamos!

Y vinieron ambos al trapiche.

Los obreros permanecían aún alrededor de la muela.

Algunos sacaban con palas los despojos de Estanislao.

—¡Pobre Tanilo—decían—y deja familia!

—Bueno, muchachos, a trabajar... y sea por Dios —dijo el amo al llegar.

Los hombres aún con la terrible impresión pintada en el semblante, fueron cada uno a sus puestos.

—¡Vamos, echa la fuerza!—gritó el propietario.

Y la polea giró arrancando a los cilindros su chirrear escalofriante. Por el conducto del bagazo salieron los últimos pedazos de carne machacada.

Del canal del guarapo sólo salió sangre, que caía haciendo burbujas en el depósito.

—Metan caña, plebe... Yo no puedo perder. ¡Vamos!

Diez hombres, como ahora, alimentaron de nuevo la muela. Por un lado la caña morada salía convertida en guarapo y bagazo. El líquido zarco, espumoso, empujaba hasta el tanque el último cuajaron de sangre.

—Vamos, que no es posible perder veinte arrobas de piloncillo por una torpeza; ¡qué lleven luego esos botes a la casa de la viuda para que ella dé sepultura a su difunto...! ¡Pero pronto, no hay que gastar el tiempo!... ¡Vamos!

La gran muela siguió tragando tercio tras tercio de caña; de vez en vez salía entre el bagazo algún guiñapo del gabán a colorines de Estanislao.

Al otro día fueron algunos trabajadores en comisión a ver al amo. Lo encontraron como siempre echado sobre el libro de caja. Vió por encima de los lentes a los comisionados; pero no les habló sino hasta que terminó el apunte empezado.

—¡Qué hay!—gritó secamente.

—¡Tío Tanasio, hable usted!—dijo uno de los obreros dirigiéndose al más viejo.

—No, mejor Florentino, es el más letrado—contestó el viejo.

Florentino, que había estado en el Norte y cuyo prestigio de “letrado”, se fincaba sólidamente en el uso de pantalones de mezclilla y zapatos anchos, se adelantó y tomando su sombrero por el ala lo hizo girar entre sus manos para decir:

—Bueno... yo y la compañía hemos sido mandados por los otros para ver si usted le da algo a la viuda y a los chiquillos de Estanislao, la pobre ha quedado muy atrasada y...

—¡Oh!, no sigas—dijo el patrón haciendo un gran gesto de entendimiento—ya sé lo que quieren... una compensación. Eso lo aprendiste tú en el Norte ¿no? Muy bien... ¡una compensación! ¡Novedades tenemos! La casa sabrá recompensar ampliamente a la familia de su servidor que muere en el trabajo. La viuda tiene derecho. ¡Tiene derecho!

Tosió y mientras se rascaba la nuca dijo al empleado del escritorio:

—A ver, Casillas, dame la nota de las molindas. Ahora tenemos que abrir otra nueva partida de egresos, la de compensaciones...

El empleado entregó un libro pringoso y de gran volumen. El patrón se sumió en un mar de sumas y restas.

Después dijo enseñando sus dientes negros por el tabaco:

—¡Ah ja! Conque una compensación... Muy bien. Casillas, ordena que le entreguen a la viuda el importe de media arroba de piloncillo precisamente del que salió ayer... En eso aumentó la molienda; fué por la sangre de Estanislao que pasó hasta el tanque de depósito... ¡Tiene el derecho la viuda! Media arroba ¿eh? —y dirigiéndose a los peones— Muchachos: hoy los complazco porque quiero que esto les sirva de estímulo... ¡Tú, Florentino, desde mañana te quitas esos pantalones y esos zapatos; huarache y calzón blanco es lo que aquí debe usarse. No quiero que hombres vestidos como tú y con ideas como las que importaste de Estados Unidos, me vengán a inquietar la gente... Si no te parece puedes largarte otra vez al Norte, y allá, si se te antoja, estira la pata... Nadie podrá decir que no los protejo; ya ha quedado firme su conquista: la compensación... Esta casa interpreta sus sentimientos y se ha obligado con ustedes a dar este paso de trascendencia... ¡Ahora a trabajar todo el mundo, que la muela siempre está hambrienta! ¡Vamos, vamos, no hay que perder el tiempo en cualquier cosa!

Y los obreros salieron con la cabeza inclinada sobre el pecho, arrastrando penosamente los huaraches sobre las baldosas del piso. El taconeo firme de los anchos zapatones de Florentino, resaltaba entre aquel murmullo sordo.

* * *

Los arrieros de tierra fría, al pasar por el jacal de Estanislao, obsequiaron a la viuda con un puñado de piloncillo. Ella lo recogió en un paliacate y lo colgó en el rincón de su casucha. Debajo ardió mucho tiempo una lámpara de aceite.

El cura vino a bendecir el trapiche. Roció la muela con agua bendita, con mucha agua bendita... pero no la suficiente para borrar las manchas que aún se ven cerca del canal del guarapo.

—Conque, ¿no se te ha olvidado la lección? ¡Vamos a ver!

—No, no se me ha olvidado, papá... primero es guarapo, después cachaza, después... después...





ARIES O CORTO CIRCUITO

POR

JUAN DE LA CABADA

No lejos, a dos leguas apenas de Pidiliditiro, el último villorrio que la línea ferroviaria toca, está ese bosque donde cruza un camino y existe aún aquella casa de una sola planta, jardines laterales, habitaciones con techos muy altos y colonial patio de baldosas, arquería, arriates, aljibe y emparrado.

Casi de madrugada partió, vacío, el viejo coche de la casa rumbo a la estación de Pidiliditiro. A cada rato, durante la mañana entera, las dos viejas criadas supervivientes y el jardinero, en balde salían a otear, anhelosos e inciertos, el camino.

—¡Tanto tiempo fuera!

—Eramos fuertes, jóvenes todavía cuando se fué..

—Lo que no entenderé yo nunca es —¡y Dios me lo perdone!— cómo no vino para la muerte de sus padres, ni para la de su tía Consuelito, a quien quería más que a su madre.

Por fin, a mediodía, cuando menos lo esperaban, en frotar leve del tapacete a los ramajes, y silencioso, mullido rodar sobre el alfombrado de hojarasca, llegó el coche.

—¡Rafaelito! ¡Rafaelito! —lloraba y temblaba la servidumbre, abrazando al heredero solterón que había llegado.

El viejo cochero rechazó en violento enojo la ayuda que trataban de prestarle para descargar el vehículo. Bajó el equipaje y en tres vueltas, que hiciéranle cada vez cruzar de ancho a largo la inmensa casa, introdujo todo en un aposento aislado, claro y espacioso.

Después de comer, el cochero, al pescante del carruaje, regresó a la estación del ferrocarril en busca de un fardo plano, frágil y cuadrado que había venido por express.

* * *

Esta brisa de trópico santigua en beatíficas unciones los sollozos, las quejas, caricias y rumores arcanos que transmite la quietud sobrenatural, mística, suspensa, de la tarde, a cuyo influjo Rafael gesticula, vaga cenceño por la radiosa soledad reconociendo cada ladrillo, cada ventana, cada puerta, cada objeto, que, amortajados ya en su memoria por treinta años de ausencia, resucitan, actúan ahora como seres vivos que le pidiesen cuentas de su proceder, para gozarse de sus remordimientos. El padre, la madre, la tía, los sirvientes difuntos, en cambio, usan las cosas y pasan o detié-

nense fantasmales por aquellos sitios, en la hora luminosa, sin parar mientes, sin notar siquiera la presencia humana. Con estas alucinaciones y la nostalgia de tan largo viaje, Rafael, a la vez que un nacer de alas y el impulso sucesivo de abandonar en vilo todo esto, siente una pesantez de plomo que le insta a permanecer. Así traspone el comedor y toma descanso en una butaca de caoba con respaldo y asiento de vaqueta. Vuelan sus añoranzas a sus asiduas contemplaciones de un célebre cuadro de la sala de los renacentistas italianos, en el Museo del Louvre de París. Frente al célebre cuadro rememoraba siempre allí este comedor en una noche lluviosa, después de cena, poco antes de disolverse la tertulia familiar. Dentro de la evocación, sentado a esta misma butaca, un niño hojeaba un álbum que contenía reproducciones a colores de las más importantes obras maestras de pintura. De pronto, su tía Consuelito, a quien el niño quisiera más que a su madre, chilló, llevándose las manos a la boca. El niño alzó los ojos y estalló en estridente risotada.

—¡Pero, Rafaelito! —reprendieronle los padres.

Su tía mostraba el labio superior inflamado, saliente, tal un pico de pato. Habíala picado un tábamo. El cantar de los grillos y las ranas coreaban el suceso. Muy serio, tornó Rafaelito la vista al álbum abierto en sus rodillas. Dobló la hoja y un semblante de mujer, morena y joven, le sonrió. La expresión de “ella” parecía como la de alguien sometido al doloroso esfuerzo de dominar el efecto que le produjera un retozador cosquilleo en el cerebro, y esta interpretación contagió quizá de ese propio efecto la mente del niño, quien, tal vez, por reflejo magnético, obsesionante, de pathos

plástico, acaso tendría el mismo gesto del grabado en la sonrisa, cuando al levantar de nuevo los ojos del álbum, le dijeron:

—¡Pero, Rafaelito, qué es esto! ¿De qué te ríes? ¿Te burlas?

El niño sólo miraba el labio inflamado, rubicundo, de su tía e invadía hacia ella tan contradictorio sentimiento, que la ternura más honda y piadosa predominaba sobre la sorda cólera causada por el infortunado percance que interrumpiera su embeleso.

* * *

Mudo, con el álbum bajo el brazo, Rafaelito hubo de salir del comedor y entrar a su dormitorio.

Cual un malhechor arrancó aquel grabado que inmente denominó “mi estampa”. Quiso, primero, guardarlo dentro del cajón de sus juguetes.

Pero —pensó— allí se estropearía. ¿Le meteré en el baúl de mis ropas, entre mis camisetas? Mas allí —dijose— queda expuesta a que la encuentren.

Por último, decidió ocultarla al fondo de un baúl de chucherías antiguas, donde nadie, sino él, registraba.

Tornó con el álbum trunco hasta la sala y lo colocó en el librero, cerca del piano.

* * *

Crece y envíanlo interno a un colegio de la capital de la provincia. Le acompaña, naturalmente, su estampa inseparable. Por verla cada mañana al despertar, la pega en la parte interior de la hoja de su ropero de pupilo.

Una vez desaparece, y Rafael corre a manifestar, en acceso de alaridos y llanto, su desgracia. Sonriendo para sí, los prefectos ordenan pesquisas que resultan

vanas. Los años transcurren y la adolescencia llega sin que el olvido venga y disipe el sentimiento pesaroso de la pérdida.

Ese fin de curso en que, concluidos sus estudios de bachiller, vuelve a casa, por nada cae desmayado ante la visión de una joven que le presentan.

—Inés —le dice a secas su madre.

Luego, la tía Consuelito cuéntale que la joven es la hija mayor de una íntima y principal familia empobrecida.

—Hemos tenido que recogerla para aliviar la situación difícil de sus padres.

“¡Oh, aquí!” —murmura Rafael para sus imaginarios espectros y la soledad luminosa de esta tarde—. “El hilo de mis continuas evocaciones, fortalecidas a menudo en el Louvre, recaía infalible desde París sobre este mismo rústico sitio, con los pasajes de alegre desenfado respecto de Inés y de ansiedad contenida, temores, éxtasis, platónicos mutismos y falsos desdenes respecto de mí, exacerbado por un amor dentro del que nada o muy poco intervenía el deseo carnal de posesión. Aquí, un minuto marcó el delirio que ustedes ignoran y cuya sensación, desde entonces, como todo cuanto el hombre mejor oculta y jamás olvida, no he pasado ni un día sin dejar de percibir. En este comedor mismo y a esta misma mesa nos disponíamos a cenar. Lloviznaba, como la noche en que descubrí y arranqué la estampa del álbum. Igualmente venían del patio inmediato la fragancia de los rosales y del oscuro bosque circundante sus aromas, entre la música de grillos y de ranas. Padre, tú estabas a la cabecera de la mesa. Al lado derecho, en línea, te seguían mi madre

y la querida tía Consuelito. Yo estaba sentado frente a ellas, en la parte izquierda. Aún faltaba por sentarse Inés, en cuyos ojos a la sazón tenía yo puesta la mirada, pues entonces dirigíase a ocupar su lugar, el de la otra cabecera de la mesa, frente a ti. A tus espaldas pasó —no lo recuerdas, ¿no, indudablemente!— y llegaba justo al punto de mi silla, cuando se apagó la luz.

—¡Ay! —exclamó tía Consuelito.

—¡Vaya! —dijiste tú—. ¡Qué país más abominable México! ¡Bonita planta eléctrica tenemos, con una luz que no sólo es mala sino que se apaga cuando le da la gana!

—¡Elodia! —gritó mamá, para una de las domésticas que servía la mesa—. ¡Elodia, trae pronto velas y los candelabros!

Paralizado, inmóvil, dominaba yo la delicia, el infinito gozo de ese instante. Las finas manos de Inés —ondas tenues— rozaban desquiciadoras el espesor de mis cabellos. Sus labios me recorrían la nuca en contacto silencioso. Giré hacia atrás la cabeza y nos dejamos entre las bocas el único beso que nos dimos en la vida.

Retumbaban ya los pasos de Elodia, cuyo bulto emergió luego, a lo lejos, opaco tras las flamas de dos candelabros a las manos.

Inés habíase retirado a distancia conveniente del respaldo de mi silla. —Acaso ha podido ser un corto circuito (deslizó en inefable trémolo, aún de pie, con los brazos semicruzados sobre su vestido blanco de encajes vaporosos). “Corto circuito...” —repitió en su perenne sonrisa, ambigua e inquietante.

—No, no —respondió tía Consuelito; pues, de súbito, no acababa todavía de acercarse Elodia con las velas, restalló, cegadora, la luz en las bombillas.

—Puedes llevarte los candelabros: no hacen falta —ordenó mi madre a Elodia.

—¡Gracias a que sólo fué una ligera interrupción en la central eléctrica! —tercié yo, cabizbajo, tímido, con intención de sondeo y disímulo.

Poco tiempo después, no obstante que bien trataba de esconder mis cautivos arrebatos, a causa quizás de nuestras miradas, nuestras actitudes, adivinaron todos —ahora seguro estoy— nuestros amores, y entre sutil afabilidad y mil delicadezas, era devuelta Inés a su familia y a mí me mandaban a estudiar a Europa...

* * *

A salvo de parecer demencia, el soliloquio es interrumpido bruscamente. De repentino salto su autor yérguese de la butaca, para adoptar, en pie ya, postura de solícita pero tranquila espera. Resuenan pasos y rumores de voces. Detrás de las criadas, el cochero viene trayendo el fardo, cuadrado y frágil, del express.

—¡Martillo y clavos!

Una de las sirvientas, que a este mandato desapareciera en seguida, vuelve presto al comedor, con lo pedido.

—Vamos a colgar esto.

Rafael destapa el fardo, del que aprécianse los contornos de un marco y el blanco reverso de una tela. Así, subido a una silla, dase a la tarea de adosar, de frente, la célebre pintura a la pared.

¡La señorita Inés! — exclama Paulina, una de las sirvientes.

La señorita Inés —secunda Braulio, el cochero.

¡Oh, su misma cabellera, la misma frente, su mismo color, su misma sonrisa! Las señorita Inés... ¡Si no le falta más que hablar!

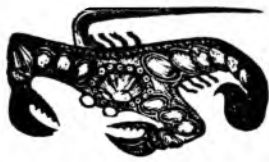
Al unísono ambas criadas llévanse las puntas de sus delantales a los ojos y comienzan a gemir.

La señorita Inés... —conchuyen raseras, encorvadas ingenuamente, a dúo.

Inés —sonríe Rafael, con rictus que, como reflejo del cuadro, le infunde raro, doloroso, inhibido escozor en el cerebro, donde circula de nuevo la noche lluviosa, el niño ensimismado, el álbum sostenido en sus rodillas, la tía con el labio cual un pico de pato, e hilvánase una vez más la evocación...

En verdad, el retrato que por Inés toman las criadas, es un óleo que representa sólo una buena —una de tantas—, aunque más o menos, cara, reproducción de *La Gioconda*.

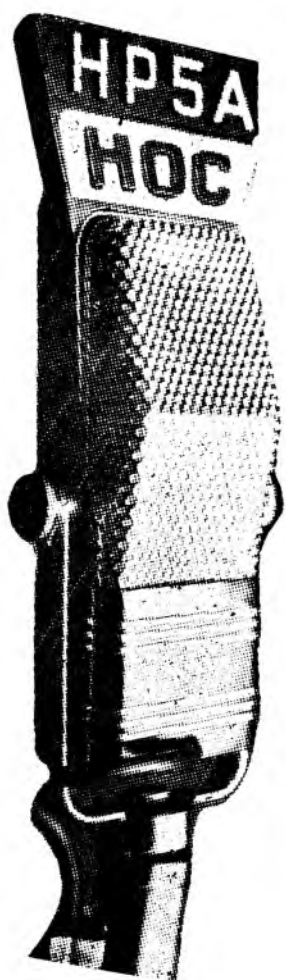
¡Y maldito quien infiera de aquí aficiones de gusto o predilección por la pintura de Leonardo! No ha pretendido este cronista del Zodíaco sino una ligera reseña de lo que vió alguna vez ocurrir sobre la Tierra, bajo el signo de Aries, que, sabido es, aparentemente roza el Sol al comenzar la primavera.



**• R O N •
MORGAN**



**El más recomendado
para cocteles y
ponches
LICORERA DEL
PACIFICO
Tel 2136 Aptdo. 321**



EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

FABRICA DE ROPA

**GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y
UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES**

Gerente General: Raimundo Ortega Vieta

Teléfono 2732_J

Apartado: 572

Angelini

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890



Teléfono 887-1687

Avenida Central 179


Speed-Easy
(rápida-fácil)

“LA
PINTURA
MAGICA”

Guardia & Cía. S. A.

Teléfono 1496

PLAZA DE HERRERA

CANTINA

TIA JUANA

El sitio ideal para
ver a sus amigos.

Calle J. No. 1

Panamá, R. de P.

**MUEBLERIA
TUÑON**

Ave. Central y Calle 31
(Edificio San Roque)

Muebles cómodos y
elegantes a precios
especiales

Compre sus muebles con
tiempo.

Aproveche nuestros
precios especiales.

La mejor HARINA DE MAIZ de
la República

la fabrica

EL MOLINO SEVERINO

Calle Montesión No. 10—Tel. 278—Apartado 717

Panamá, R. de P.

FARMACIA SELECTA

Magnifico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

Mario Galindo y Cía. S. A.



Materiales de construcción.

Ferretería en general.

La pintura de mejor calidad.

Ave. Norte 71



Teléfono 119



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO • ENCUADERNACIONES

I M P R E N T A D E L A A C A D E M I A

Calle Juan B. Sosa, No. 8 • Panamá, R. de P.



LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS
SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINA-
RIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAOR-
DINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

Precio de Suscripción
B. 1.50 al Año